

Así fue la proclamación de Isabel la Católica, la reina que no estaba destinada a gobernar



Manifestación del rey Enrique IV de Castilla al pueblo segoviano. El Rey de Castilla entra en Segovia en compañía de su hermanastra Isabel Museo del Prado

Diseñó toda una «escenografía» que era un aviso de lo que vendría en su reinado: ni los nobles, ni siquiera su marido, iban a condicionar sus decisiones. Ella era la reina. Hace casi 550 años, el 12 de diciembre de 1474, se produjo un hecho en Castilla que cambiaría la historia de la futura España, y del mundo entero: el fallecimiento de Enrique IV, hermanastro mayor de Isabel la Católica, y la proclamación de esta como reina.

Fue Enrique un monarca mediocre, títere de los intereses e intrigas de las familias nobiliarias castellanas, con una supuesta hija –Juana– que en ocasiones había sido reconocida por él, y en otras había negado ser su padre aludiendo en su conocida impotencia. El de «Beltraneja» fue posiblemente el más amable de los apodos que recibió la hija de la reina Juana y un padre desconocido, aunque todo apunta a que fue uno de los hombres de la corte del rey, don Beltrán de la Cueva.

A lo largo del reinado de Enrique IV, las propuestas de sucesión real habían pasado por distintos episodios: fueron candidatos a sucederle su hermanastro Alfonso, más pequeño que Isabel, su cuñado Alfonso de Portugal, su hija Juana... Todo un sinsentido que, como era de esperar, causaría grandes perjuicios al reino tras la muerte del monarca.

A esto se sumaba la decisión que su hermana Isabel había tomado de casarse con el heredero de Aragón, Fernando. Y la razón, como señalaba la entonces princesa era únicamente el bien de su reino: preveía así una futura unión entre las dos coronas más fuertes de la Península Ibérica.

Isabel se encontraba en Segovia (su hermano el rey le había permitido instalarse en el Alcázar junto a Fernando), cuando le llegó la noticia de la muerte del rey. En ese momento, se puso de manifiesto la grandeza de una reina, como mujer y como

estadista. Diseñó toda una «escenografía» que era un aviso de lo que vendría en su reinado: ni los nobles, ni siquiera su marido, iban a condicionar sus decisiones. Ella era la reina legítima, y la ley de sucesión castellana le permitiría gobernar con plenitud de poderes.

Imaginemos la ciudad de Segovia en el último cuarto del siglo XV. Algunas grandes edificaciones salpicaban el paisaje yermo de Castilla. El Alcázar, símbolo del poder de la realeza; la catedral, erigida como muestra de la vinculación entre la Iglesia y la Corona; iglesias, como la de San Martín, con su pórtico románico, o la de San Miguel, junto a la Catedral.

Imaginemos también el ambiente entre los cortesanos, de distintas facciones nobiliarias: unos, dispuestos a sacar partido del enfrentamiento por la Corona entre Isabel y Juana la Beltraneja. Algunos preparados para apoyar a Isabel convencidos de que, al igual que había hecho su hermano, les pagaría con creces su apoyo en el ascenso al trono. Otros, queriendo sacar tajada de los portugueses, dispuestos a jurar la legitimidad de la princesa Juana como hija verdadera del rey Enrique.

Y Fernando, casado con Isabel en 1469, ¿dónde estaba? Nada menos que en la guerra del Rosellón, defendiendo con sus armas los intereses de la Corona de Aragón, de la que era príncipe heredero.

Vayamos a esa puesta en escena con la que Isabel demostró a todos que nadie iba a marcar las líneas de su reinado, salvo ella misma.



Proclamación de Isabel como reina de Castilla en el Alcázar de Segovia

Organizó inmediatamente el funeral del rey, con todos los honores, en la iglesia de San Martín. La reina asistió a la ceremonia con una capa oscura, que mostraba su duelo por el rey. Y, para sorpresa de muchos, al salir de la iglesia, se despojó de sus

ropas de luto, dejando ver debajo de las mismas un atuendo de ceremonia, propio de una reina. Realizó andando el camino que separaba la iglesia de San Martín de la cercana San Miguel, y allí fue proclamada reina de Castilla, con todo el boato propio de esta ceremonia. La noticia se extendió rápidamente por toda la Península. Este gesto de hechos consumados dejó muy claro a todos el carácter de la reina, su capacidad de estadista, y su negativa rotunda a dejarse manejar.

Tras la proclamación, como era de esperar, estalló una guerra entre reinos (Castilla y Portugal), y a la vez una guerra «doméstica»: su esposo, heredero de Aragón, no toleraba que Isabel hubiera sido proclamada reina de Castilla sin su presencia y aceptación. Los derechos de sucesión en Aragón eran diferentes: la mujer no podía recibir plenos poderes como soberana. Posiblemente Fernando -otro gran estadista- había imaginado que los poderes de gobierno en Castilla, igual que en Aragón, recaerían sobre él. Y se encontró, de la noche a la mañana, con que era rey consorte de Castilla. Sin duda esto supuso un duro golpe, y su entorno comenzó a levantar protestas por la actuación de Isabel, al margen de sus esposo.

La guerra entre Castilla y Portugal se prologó durante cerca de cinco años (en 1479 se firmarían los Tratados de Alcaçovas -Toledo). El conflicto familiar se resolvió mucho antes, mediante una sentencia arbitral, conocida como la Concordia de Segovia, el 15 de enero de 1475. Realmente fue un arbitraje, sancionado por los obispos Mendoza y Carrillo: a falta de varón en la línea de sucesión, a la mujer correspondía ceñir la corona y reinar. Isabel, además, firmó un documento que daba a su marido los mismos poderes que ella misma, ausente o presente: en adelante todas las cosas se harían a nombre «del Rey y de la Reina». El cronista Hernando del Pulgar supo reflejar, no sin cierta sorna, esta unión de gobierno cuando, al hablar del nacimiento de la princesa Juana, señaló: «los reyes parieron una hija». Todo iba a ser cosa de dos a partir de entonces.



'Isabel La Católica', por Luis de Madrazo Museo del Prado

Cinco cosas que no sabías de Isabel la Católica

En 1451, nace Isabel I de Castilla, quien acabaría siendo una reina ambiciosa y de carácter implacable, pero que no estaba destinada a reinar. Recogemos cinco curiosidades sobre su vida

Intentar resumir, en un único artículo, la vida y reinado de una de las figuras más importantes de la historia de España es una tarea imposible. Y es que, aunque se ha estudiado durante siglos, la huella de Isabel la Católica no deja de expandirse y sorprender. Por ello, en esta ocasión, nos dedicaremos a conocer algunos datos sorprendentes sobre su vida.

1. Una princesa difícil de casar

Cuando Isabel era princesa de Asturias cobró especial importancia su futuro matrimonio. Enrique IV quiso casarla con el príncipe Carlos de Viana pero su padre, Juan II de Aragón, se negó a ello. Más tarde probaría con Alfonso V de Portugal, pero Isabel lo rechazó alegando la enorme diferencia de edad. El tercer pretendiente fue el maestre Calatrava Pedro Girón que, tras conseguir una bula papal para lograr casarse, falleció camino de encontrarse con la princesa. Esperanzado, Enrique volvió a intentar desposarla con el Rey portugués, pero la princesa resultó irreductible. Su siguiente candidato fue francés, Carlos de Valois, hermano de Luis XI, a lo que Isabel, de nuevo, se negó.



Manifestación del Rey Enrique IV de Castilla al pueblo segoviano Museo del Prado

Todo ello tenía un motivo, mientras transcurría este ir y venir de pretendientes, ella y su círculo habían seleccionado a su propio candidato: Fernando, hijo de Juan II de Aragón. El problema del casamiento era su parentesco, para lo que se precisaba una dispensa papal. La pareja consiguió una bula, aunque de manera sospechosa, lo que les haría solicitar una nueva de forma totalmente legítima. Después de esto, no había obstáculos. El futuro matrimonio se precipitó a un futuro repleto de descubrimientos, hitos y grandeza.

2. Una Reina con una corte singular

Durante su reinado, Isabel y Fernando se rodearon de gente de la talla del Gran Tendilla, el Gran Capitán y su secretario Hernando de Zafra. También de clérigos como el cardenal Mendoza, fray Hernando de Talavera o el cardenal Cisneros. Pero en el caso concreto de Isabel, existieron personajes célebres, muy interesantes, que constituyeron una 'corte' peculiar. Algunas consejeras y confidentes fueron: Beatriz Galindo, la Latina; Beatriz de Bobadilla, su gran amiga; la intelectual Luisa de Medrano; Teresa Enríquez, que llegó a ser conocida como la Loca del Sacramento; y santa Beatriz de Silva, fundadora de la primera orden dedicada a la Inmaculada Concepción.



Expulsión de los judíos de España (año 1492), según Emilio Sala (1889)

Por otro lado, también contó con judíos en sus primeros años de reinado y con judeoconversos o descendiente de ellos, entre los que destacaron Abraham Senior, luego Fernando Coronel, tesorero y último rabino mayor de Castilla; y secretarios cuyas familias eran judeoconversas como Hernando del Pulgar, que también era cronista, Lope de Conchillos y Miguel Pérez de Almazán. Una corte repleta de intelectuales y personalidades públicas que, sin lugar a duda, fueron en gran parte responsables del esplendor atesorado en aquella época.

3. Una mujer muy pulcra

Uno de los sambenitos que le colgaron a Isabel y que, en muchos casos, todavía perdura, es que su higiene personal era escasa, hasta el punto de no querer cambiarse de camisa. Nada más lejos de la realidad. Isabel fue una mujer que cuidaba mucho su aspecto, algo que señalan recurrentemente los cronistas de la época e, incluso, dan a conocer las advertencias que le hacía su confesor, fray Hernando de Talavera, acerca de su gasto en trajes. Este interés, además, trascendió al resto de miembros de su familia a la que ella asistía de manera permanente en lo referente a la limpieza, aseo y ropajes. De aquella época se conservan registros del dinero destinado a lavanderas, a visitas de médicos, incluyendo uno especializado en salud dental.

4. Una madre poco afortunada

Mientras Isabel desarrollaba su brillante reinado, vivió seis embarazos. Lamentablemente, solo tuvo cinco hijos que consiguieron llegar a la adultez y sus vidas no fueron especialmente fáciles.

Su primogénita Isabel estuvo casada primero con el Príncipe Alfonso de Portugal, pero al morir se desposó con el tío de este, el Rey Manuel I de Portugal. Falleció con 27 años al dar a luz a su único hijo, Miguel de la Paz, que murió también de niño.

El segundo, el Príncipe Juan, el que debía haber sido su heredero, falleció con 19 años y, aunque se casó con Margarita de Austria, la hija póstuma nació muerta.

La siguiente, Juana, consiguió convertirse en su sucesora como reina y ser la más longeva de la familia al morir con 75 años. Isabel se ahorró la pena de ver cómo Juana era declarada incapaz de reinar por problemas mentales y recluida en un palacio de Tordesillas.



Francisco Pradilla, *La reina doña Juana la Loca, recluida en Tordesillas con su hija, la infanta doña Catalina*, 1906 Alberto Otero Herranz / Wikimedia Commons

La penúltima hija, María, se convirtió en reina de Portugal al casarse con el viudo de su hermana Isabel, el Rey Manuel I, con quien tuvo diez hijos antes de fallecer con 35 años.

La última, Catalina, se convirtió en un personaje trascendente en la historia de Europa. Primero se casó con el Príncipe de Gales Arturo, pero este falleció antes de que se consumara el matrimonio, por lo que se casó con su hermano, el Rey Enrique VIII. Aunque de todos los hijos de Isabel fue la única que mostró la gran preparación que atesoraban, sus últimos años estuvieron empañados por el hecho de que Enrique se divorció de ella alegando que únicamente le había dado una hija, la futura María I Tudor. Catalina vivió totalmente retirada de la corte hasta ser enterrada con la categoría de princesa viuda de Gales, en vez de como reina consorte de Inglaterra.

5. Una sierva especial

Cuando falleció el 26 de noviembre de 1504, todo el mundo lamentó la muerte de la reina, empezando por el propio Fernando. Sin embargo, la fama que había alimentado en vida no desapareció tras su fallecimiento, sino que creció y tomó un nuevo cariz. El propio monarca, al anunciar la noticia, no dudó en escribir: «Ella murió tan santa y católicamente como vivió, de que es de esperar que nuestro Señor la tiene en su gloria». Y es que no es que Isabel fuese una gran reina, es que ya se la veía como una reina santa. Por eso, con el paso de los siglos su fama se asentó lo suficiente para que en 1957 se empezaran a tomar los primeros pasos en firme para su canonización, e incluso en 1974 se consiguió que se declarara a la monarca como «sierva de Dios».

Sin embargo, el proceso está siendo difícil. Son muchos los aspectos a tratar sobre su vida y reinado. De lo que no cabe duda es que las pasiones que levantó y levanta Isabel son muy distintas que las que suscitaron otros reyes de primer orden en la Historia de España. Isabel la Católica fue una princesa, reina, mujer, madre y sierva trascendental.